

AMAYA Ó LOS BASCOS EN EL SIGLO VIII.


(ESTUDIO CRÍTICO).¹

I.

Cada vez que en nuestra noble y desgraciada Pátria Euskara se produce una obra literaria, revive en mi corazón alguna amortiguada esperanza; á pesar de las desdichas presentes, una secreta voz me dice que el actual y fecundo renacimiento literario de mi país, algo significa para el porvenir; que revela, no sólo el progreso de nuestro espíritu, sino lo que más vale aún, la supervivencia de nuestros ideales.

Y acuden á mi pensamiento los recuerdos de tantos y tantos pueblos salvados del olvido, consolados en sus desventuras, animados en sus desfallecimientos, sublimados en sus protestas, nada más que por las obras literarias; que ellas son, cuando las escribe el génio, guardadoras de tradiciones, vengadoras de injusticias, y nérvio y sávia de invencibles reivindicaciones.

Por causas que ahora sería inoportuno señalar, pero que no se derivan de incapacidad poética de la raza, como algunos, mal intencionadamente, han querido suponer, es lo cierto que la gente euskara se habia mostrado muy apartada del cultivo de las bellas letras. Pero desde que las persecuciones arreciaron y las exigencias niveladoras de una opinion pública extraviada se abrieron camino, nótase en el solar basco nabarro un gran movimiento literario, que como no puede ménos

(1) Tratándose de obra de tan extraordinario mérito como *Amaya ó los bascos en el siglo VIII*, del ilustre escritor D. Francisco Navarro Villoslada, creemos que siempre es oportuna la publicacion del magnífico *Estudio crítico* que á aquella magistral novela, inspirada por el amor más ardiente á la Euskal-erria, dedicó nuestro querido colaborador y amigo D. Arturo Campion.

de suceder en los momentos actuales, pide su inspiracion al patriotismo.

Entre todos los trabajos que este movimiento ha producido, ocupa un lugar eminente la obra titulada *Amaya*, escrita por el que podemos llamar, sin temor á contradiccion alguna, ilustre escritor D. Francisco Navarro Villoslada. A ocuparme de tan precioso libro me mueve la admiracion que me ha producido su lectura, nó con la pretension de juzgarle, sino con la de señalar algunas de sus bellezas y honrar á la vez mi nombre, enalteciendo obra que en tan alto lugar coloca á mi amado país basco-nabarro.

II.

Una verdadera obra de arte, es cosa, por su propia naturaleza sumamente compleja; para estudiarla bien es preciso ir aislando cada uno de los elementos que la componen, del mismo modo que para estudiar el planeta, es preciso separar las capas geológicas sobrepuestas que lo constituyen.

Nada más fácil que esta operacion cuando se procede con método, partiendo de lo exterior de la obra artística, que es la *forma*, hasta llegar á lo interno, que es la *idea*, escudriñando de camino los resortes morales de los personajes y su juego, su complicacion, ó lo que es lo mismo, examinando la parte plástica, la psicológica, la dramática y la filosófica. Hé aquí el plan que me propongo seguir en el estudio de *Amaya*.

«La primera pregunta que debe hacerse acerca de un artista, es esta: ¿cómo vé los objetos, con qué claridad, con qué rapidez, con qué fuerza? La respuesta define de antemano toda la obra, porque en cada línea *imagina* y guarda hasta el fin el carácter que tenia en un principio. La respuesta define de antemano todo su talento, porque en un novelista, la imaginacion es la facultad maestra». ¹ Respondiendo á estas preguntas que creemos adecuadas á nuestro objeto, dirémos, que la imaginacion de Villoslada es poderosa y vária; los obstáculos no existen para ella ni los desfallecimientos tampoco; tiene la cualidad admirable de la flexibilidad, que es por sí misma un segundo génio, que le permite pasar de los asuntos grandes á los asuntos pequeños, sin esfuerzo y sin violencia. Los más opuestos tonos de la lira poéti-

(1) H. Taine, Histoire de la littérature anglaise, tomo V, pág. 6.

ca vibran en ella al lado unos de otros, formando una superior armonía; es delicada y varonil, risueña y melancólica, dulce y enérgica, elegiaca y entusiasta, mística y guerrera, sencilla y elocuente, luminosa y sombría, eminentemente descriptiva, y además, dotada del supremo don que se llama *don de las lágrimas*.

Al decir de la imaginación de Villoslada que es poderosa, hemos querido manifestar la potencia que posee para hacer nacer en el cerebro de los lectores imágenes claras y precisas de los objetos que representa; relaciónese ahora este calificativo con los demás que le siguen y se tendrá una idea aproximada de la energía y variedad de las sensaciones que la lectura de *Amaya* nos hace experimentar. En efecto, ya tenga por objeto pintar cuadros alegres ó tristes, sublimes ó vulgares, Villoslada emplea siempre la palabra más apta, la expresión más característica del asunto que en aquel momento le ocupa la atención de la mente. De aquí nace la intensidad de la impresión causada. Al contrario de otros escritores que reservan todo su esfuerzo para poner de relieve ciertos personajes, escenas y situaciones culminantes, Villoslada los trata todos como si fuesen principales. Quiere presentarnos, p. ej.: una humilde vaquerilla, que no es, ni mucho menos, personaje capital de la obra, y lo hace con tal donaire, que jamás puede borrarse la aparición de la gentil Olalla. Mirad cómo la retrata. «Y momentos después apareció en el umbral una niña de quince abriles, con un cuenco de leche en la mano izquierda y sacudiendo los rosados dedos de la derecha mojados en blanca espuma. Daba gozo ver aquella criatura, fresca como el alba, limpia como el agua de la fuente, alegre como un mayo, suelta como una corza y de inocentes ojos de paloma.»

No hay *detalle*, por insignificante que parezca, al que no consagre su atención Villoslada. Y esta precisión en describir, que en otros autores suele degenerar en pesadez, nunca fatiga en el nuestro, porque aun la trivialidad se embellece al pasar por sus manos, con la tersura y pulidez de la frase. Sirva de ejemplo la comida con que el anciano Miguel de Goñi brinda á los montañeses amezcoanos, que bajo las órdenes de García van á sorprender la marcha del godo Ranimiro. No puede darse asunto más sencillo; se trata de describir una muy rústica comida de gentes muy rústicas también, y nos dice: «En un abrir y cerrar de ojos devoraron el jamón, dos cestas de pan y un par de quesos, En cuanto al pellejo de vino, quedó, como suele decirse, pez con

pez de la primera embestida y fué necesario reemplazarlo con otro que llegó firme y orondo y se quedó temblando.»

Pero la imaginacion de Villoslada es una maravillosa escalinata cuyos primeros peldaños tocan el polvo de la tierra, y los últimos se pierden en el incorruptible azul de los cielos bañados por centellante luz. Subid por ella y recorreréis una portentosa odisea, pues os mostrará la egregia majestad de las gigantes sierras desgarradas por abismos, envueltas en espesas nieblas que á impulsos del aire se mueven como un mar y adornadas con el eterno verdor de los bosques; las espléndidas noches en que la luna riela su plateado fulgor sobre las tersas aguas de los torrentes y los marmóreos peñascos de las montañas, mientras los guardadores de la féprimitiva danzan los bailes simbólicos y entonan los legendarios himnos en honor del *Dios sin nombre*; el secular palacio de los señores bascones, tétrico y fiero de aspecto, pero en realidad paradisiaco, porque como entre las groseras conchas de la ostra vive la perla, entre las lobregueces de Jaureguía habitan la inocencia y la hospitalidad, el patriotismo y la fé, la confianza y la bondad, todas las virtudes patriarcales en suma; la militar faena de los campamentos y la cámara regia, donde se elaboran las más trascendentales combinaciones políticas; el rudo batallar de los hombres en la tierra y la demencia de los elementos en el cielo; las pasiones iluminadas ó dirigidas por la luz del cristianismo, y las aspiraciones satánicas del alma, engendradoras de espantosos crímenes; los arrobadores éxtasis de la Religión, los embelesos del amor y los inconsolables clamores de la desesperacion; la existencia pacífica y risueña de los humildes, y el apocalipticochoque de las razas y el trágico hundimiento de los imperios!

Y todas estas diversas escenas desfilan ante nuestros ojos con extraordinario relieve; la misma propiedad que hemos señalado en los asuntos pequeños campea en los asuntos grandiosos; todos los objetos característicos de la escena que se trata de presentir aparecen sucesivamente ante nuestra vista; ninguno de ellos huelga en la descripcion, ni tampoco ninguno importante se omite: éste esfuerzo de concentracion ejercido aun sobre los asuntos más extensos, explica la mágica verdad y la sigilar belleza de los cuadros de *Amaya*.

Villoslada, como la mayor parte de los grandes escritores modernos, es un amante apasionado de la naturaleza; siempre que la encuentra en su camino se detiene á contemplarla, y embelesado, su pluma se torna

pinxel que reproduce las perennes bellezas del paisaje, no sin que la emoción del artista deje de traslucirse á través de las galas descriptivas. Recordemos la descripción del panorama que se descubre desde la cumbre del Aralár. «...la vista alcanza sin esfuerzo desde los Pirineos centrales que cierran el cuadro por el Oriente, hasta la curva del mar, confundida entre las brumas del Norte; desde las castellanas sierras de la cuenca del Ebro, Gorbea y Aizgorri sobre Aranzazu, hasta las montañas que dominan San Sebastian, Hernani y la desembocadura del Bidasoa. En una palabra, tierras de Búrgos y de Francia, de Bizcaya y Aragon; dos golfos y fuentes innumerables de caudalosos rios.

»Las formidables cordilleras de Pamplona parecen humildes escalones de la gran cordillera pirenaica; la famosa altura cónica de Monreal que se divisa de toda Nabarra queda reducida á las proporciones de túmulo céltico y cerro artificial. Pamplona es un modesto caserío que tiene por cimientos las enormes peñas de Osquía y por respaldo los Pirineos centrales.

»Sola hácia el Sur la sierra de Andía, cortada verticalmente por la de Urbasa, quiere como echarse encima del Aralár para contenerlo en sus pretensiones de rey de los gigantes: y entre uno y otro se tiende el valle de Araquil con todos sus pueblos, rios, selvas y peñascos que deleitan los ojos con detalles; todo lo demás, desvanece por lo vago y dilatado; confunde el espíritu con la idea de la inmensidad.

»Surgen del azulado fondo de los valles ingentes masas de rocas blanquecinas, oscuros lienzos de ciclópicas murallas, montes revueltos y desordenados como despojos de guerra de Titanes. Por una parte lo más profundo; por otra lo más empinado; golfos que ciñen los templados y suaves valles de Aitor, cimas de casi perpetuas nieves, sobre las cuales se alzaban los fantásticos palacios y jardines de Luzaide y Maitagarri. El Pirineo allí lo domina y absorbe todo; el Pirineo, de mar á mar alzado por la mano de Dios, como baluarte de la independencia ibérica, tendido para separar á dos naciones, como un gigante cuya crespá cabellera salpican las espumas del Océano, y cuyos piés se mojan en las ondas del Mediterráneo.

»Las ramas de los robles de tiempo inmemorial, que crecen en lo fragoso de aquellas breñas, con su primitiva pompa y libertad, no se enlazan y revuelven con tanto y tan magnífico desórden, como los muros y contrafuertes de la cordillera pirenaica, que forman laberintos de valles y cañadas, de precipicios y barrancos, de crestas y rocas

arremolinadas, de bruscas pendientes y suaves declivios; cuando de peñascos en monton, sin más vida que el musgo, ni más habitantes que las águilas; cuándo de selvas derramadas, el menor de cuyos árboles fuera orgullo de otras montañas.

»Allí reinan helados vientos de nieves perpetuas, y calientes auras saturadas de azahar; allí moran, desde el oso recostado en témpanos de hielo, hasta las aves de los trópicos; y crecen en opuestas latitudes la flora del Norte y la del Sur, hayas y fresnos, geranios y magnolias.

»La caprichosa estructura de las ramificaciones de esa gran sierra, y la atrevida ondulación é inesperados pliegues de sus estratificaciones geodésicas, presentan, al decir de un geólogo, la imágen del Océano súbitamente petrificado á la voz de Dios en la más desatada tempestad. Aquella mañana ofrecía esta comparacion mayores visos de exactitud que nunca. El piélagos de montañas tenia sus rugidos en las selvas, y su fondo azul en los vapores de los valles, sobre los cuales, flotantes en la apariencia las rocas de las cumbres, heridas por el sol con rayos horiyontales, rojizas y doradas, remedaban la espuma de las olas.»

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)

CONCURSO DE LITERATURA EUSKARA.

Los poetas y literatos bascongados que quieran optar este año á los premios que anualmente da el ilustre euskarólogo Mr. Antoine d'Abbadie, deben dirigir sus composiciones al señor Director de *Le Courrier de Bayonne*, calle Victor Hugo, 39, ántes del 20 de Agosto.

Las composiciones en verso no deben pasar de 50 líneas. Pueden también enviarse composiciones en prosa.

Los premios se distribuirán este año en Santesteban (Nabarra), en los días 8, 9 y 10 de Setiembre próximo.

AMAYA Ó LOS BASCOS EN EL SIGLO VIII.



(ESTUDIO CRÍTICO.)

(CONTINUACION).

Pero no es solamente la serena hermosura de los paisajes pirenaicos la que se refleja en las páginas de *Amaya*, porque así como Villoslada sobresale en la pintura de los purosafectos del alma y en la de las agitaciones malélicas que la empañan y agitan como las demencias del viento al mar, de la misma manera sobresale en la pintura de la conmocion de los elementos, cuando estos parecen romper las férreas leyes de la naturaleza que los sujetan y regulan. ¿Quién que la haya leído podrá olvidar jamás la admirable descripción con que termina el episodio de la sublevacion de Pamplona? «El viento de aquel día había traído en sus alas de fuego la tempestad. Las veletas de las torres se ladearon un paco hácia el Sur, y las crestas de Sárbil y del Perdon se cubrieron inmediatamente de negros nubarrones, que descendieron al valle del Arga y cubrieron con rapidez toda la cuenca. Parecía que la noche había tendido súbitamente su manto más lóbrego. Por espacio de dos ó tres segundos sintióse en el cielo un ruido aterrador, como el del paso de un ejército que avanza en silencio de tambores y trompetas. Cayó luego un granizo seco de piedras enormes y espesas, que á grande altura rebotaban del suelo, de los tejados, de las paredes mismas frente al Mediodía.

»En breve calles y plazas quedaron como nevadas, con espesa capa de guijas de alabastro.

»A la piedra siguió el agua que caía á torrentes, revuelta con truenos y relámpagos; y sobre el fondo de tenebrosas nubes veíanse cruzar, rodar, volar otras más negras, que á cada momento se iluminaban con rojiza lumbre, descargando sobre la ciudad andanada de centellas. Y tras unas, otras. Era como especie de simulacro de infernal armada, que pasaba sin cesar de sierra á sierra, de Sur á Norte, rompiendo en truenos y rayos por una yotra banda.

»Las calles convertidas en rios, la ronda en lago hirviente de cenagoso oleaje, arrastraban granizo, maderos, muebles y despojos de tenduchos ó casas viejas que se desplomaban; no era posible que humana criatura pudiese resistir la tempestad, ni habia corazon que no se acobardara con tan distintos y siniestros rumores, estruendos y estallidos.»

A medida que la grandeza de las situaciones aumenta, se agiganta la imaginacion de Villoslada que se cierne, como las águilas, dominando las más remotas cumbres. Hasta ahora le hemos visto eminente en la expresion de la belleza de las cosas; pero llega al limite de su genio cuando manifiesta la belleza de las ideas, cuando condensa la enorme poesía que se desprende de los grandes acontecimientos históricos. Cuán vibrante y majestuosa se alza su voz repitiendo los intricables fallos del destino! Entónces la novela se transforma en poema, y el poema, dilatado por inspiracion titánica rompe los moldes poéticos y toca la meta de la filosofia. Creeríais entónces estar leyendo una página de Vico ó Herder aunque escrita bajo muy diverso sistema; los secretos y misterios de las revoluciones que cambian hasta en sus entrañas el modo de ser de los pueblos y naciones, surgen vestidos de oro, irradiando luz sobre los más oscuros problemas. Pero estas explicaciones jamás se muestran digregadas de la narracion, sino que por el contrario, las veis viviendo dentro del drama, formando la malla de la misma complicacion del argumento, y para mí, este consorcio inimitable es uno de los mayores méritos de *Amaya*. Así por ejemplo, cuando la idea superior de la Religion triunfa del exclusivismo patriótico de los bascos, aquel gran movimiento que hace entrar á los euskaros en el concierto de la nacionalidad ibérica, se produce con tan espontánea energía dentro del cuadro de la misma novela, responde tan exactamente al carácter de los personajes que en ella juegan, que el lector comparte tan férvido entusiasmo y aplaude tan grandioso episodio, sin darse cuenta que el autor en el mismo instante está

sosteniendo y desarrollando una tésis, que puede considerarse como capital dentro de su obra, y es que los intereses católicos están por encima de todos los intereses de la tierra, por respetables que sean, tésis que al mismo tiempo es explicación, y profunda, de un acontecimiento hasta entonces inaudito en la tierra bascongada.

Siempre que en *Amaya* se presenta una de estas épicas situaciones, el estilo de Villoslada alcanza la más alta elocuencia. Séame permitido recordar la descripción de la venida de los árabes, hecha por Eudon, tan bella de imágenes, tan amplia de forma, tan rica de colorido, construida con tal arte, que su lectura despierta en el ánimo la idea del movimiento, haciendo visible el brutal avance de la invasión africana y sobrecogiendo el alma con temor religioso, y cuyo grito final es sublime como el rugido de un león: Héla aquí: «Es un huracán del África que barre ejércitos como polvo; guadaña de la muerte que hoy viene segando imperios, como ayer segaba cabezas; remolino del mar que se traga naciones como naves. Un puñado de sarracenos ha concluido en un día con la España cristiana. Doce mil musulmanes contra cien mil godos. ¡Yo los ví, yo los ví! De Toledo acudí á Córdoba, de Córdoba á Sidonia, y sólo pude alcanzar el estertor de un pueblo en la agonía. Yo los ví! Revueltos en el torbellino, gentes cuyo idioma y religion no tienen entre sí la menor semejanza, berberiscos y godos, árabes y romanos, los de Oriente y Occidente, los del Norte y el Sur, día y noche han peleado sin errar el golpe, ni en el furor de la batalla, ni en el horror de las tinieblas. Arabes y Moros! Ah! Su rostro atezado espanta, sus ojos despiden centellas, su sonrisa diabólica fascina, respiran fuego, arma ofensiva es su gesto; con brazo nervudo esgrimen corvo alfanje, y ántes se cansa el acero de herir que el brazo de matar. De cuño semejante sus corceles; táles caballos para táles hombres; secos, duros, ferocísimos como ellos. Ligeros como el viento, relinchan alegres al eco del clarín y se lanzan al combate, dejando atrás al viento en la carrera. Tigres sedientos de sangre, parecen animados del espíritu del jinete, y se embriagan con el triunfo y no desmayan con la derrota. No penseis, Múnio, que esas hordas salen allá de páramos helados buscando dulce clima, fértiles campos, verjeles y palacios; no vienen como los godos, á trocar pieles por túnicas de lino, pedregales por jardines, ni carros y tiendas de campaña por termas, alcázares y coliseos. Su semblante aterra, pero su atavío encanta. Brilla el oro en su pecho, y de lana y seda son sus vestidu-

ras. Cuando el viento de la lid ondea su manto, parecen espíritus alados que baten en bandadas su plumaje de mil colores. Esos hombres no buscan los perfumes, porque vienen de la Arabiasaturada de fragancia; niperlas y oro, porque emigran del Oriente, cuajado de esmeraldas y diamantes. No pelean por territorios, porque nacieron ayer, y hoy son dueños del Africa y del Asia. Combaten por combatir; pelean por matar; su vida es la guerra; su galardón la muerte en la batalla. Atila fué el azote de Dios contra los romanos; ellos son el azote de Dios contra los hijos de Atila. No hay remedio, Múonio; cuando pasa rodando el terremoto, las más soberbias fábrica se derrumban; cuando suena el fragor del incendio, los tesoros mismos de la ciencia sirven de pábulo á las llamas; cuando llega la inundación, entre lodo ruedan ídolos y altares. *El mundo no se puede pasar sin bárbaros; cuando los godos del Septentrion se civilizan, tienen que venir del Sur los musulmanes.*»

Como esta hay muchas paginas en *Amaya*; la forma, siempre apropiada al asunto, hace alarde de perfecciones; la lengua castellana, correcta y castiza, se mueve como un río de limpios cristales que refleja el matiz de las flores crecidas en las orillas, el atrevido contorno de los enhiestos montes, las misteriosas sombras de los bosques y el profundo azul de los cielos. Así es que por donde quiera que lo abrais, el libro brilla como si fuera régio aderezo de diamantes.

III.

En medio de la atmósfera poética producida por el génio del escritor, viven y se agitan multitud de personajes. Estos personajes de *Amaya* nada tienen que ver con las creaciones de la escuela clásica, que solo sabe personalizar abstracciones. Porelcontrario, cadauno uno de ellos posee fisonomía original y típica que le caracteriza y distingue de los demás. Todos ellos reproducen rasgos fundamentales de la naturaleza humana, pero no en su expresión general y abstracta, sino con las modificaciones especiales que la raza, eltemperamento, el territorio y la condición social imprimen en los individuos. Agitados por una pasión ó idea principal, no obedecen ciegamente á su fuerza como á un irresistible resorte, sino que se modifican con la influencia

de los acontecimientos, sufren el choque de otras pasiones ó ideas secundarias, y ven á menudo convertida el alma en arena, donde combaten los más opuestos deseos, las más contradictorias aspiraciones. Al lado del drama de la obra, existe el drama interno de cada personaje. Vemos el curso inmenso de los sucesos de una época crítica, y las congojas y alegrías, las exaltaciones y abatimientos individuales. Cuál personaje, en medio de las inmorales combinaciones que no se fijan más que en el éxito, experimenta los sobresaltos de la adormecida conciencia; cuál, al remontarse á las regiones del heroísmo cristiano, ó lo que vale lo mismo, al vencimiento de sí propio, tiene que reprimir los quejidos que el egoísmo exhala.

El hombre no es una piedra que cae á la medida del esfuerzo del brazo que la lanza, y el sin igual mérito de los grandes escritores estriba en hacer visible la complicacion de los motivos que se disputan la direccion de la voluntad. No hay acto, que en su determinacion no obedezca al triunfo de un motivo sobre otro. Y cuando la accion se encuentra frente á frente de una alternativa planteada por los grandes móviles humanos, la resolucion no se adopta sin que preceda dolorosísima lucha. El mar enfurecido por el huracan, puede únicamente dar idea del alma revuelta por las pasiones, al contemplar cómo se alzan inmensas montañas de agua que atacan los diques puestos para contener los movimientos de las terribles olas: si aquellos son sólidos, el agua rechazada vuelve rugiendo á su lecho, pero si son poco seguros, las ondas los derriban y ruedan por la campiña llevando consigo la desolacion y la muerte.

Las lágrimas que queman las mejillas, el gesto airado que produce temores, la apacible sonrisa que ilumina el rostro, la imprecacion que brota de los labios, son señales del estado del ánimo. Terribles son los crímenes de Macbeth, pero el drama no reside en ellos, el drama reside en el desarrollo de aquel gérmen de ambicion depositado por las tres brujas en un alma feroz, inaccesible á la piedad; el drama reside en la atraccion ejercida por el brillo de una corona, en las sugerencias del crimen alzándose con la fuerza de titanes, en los respetos á la hospitalidad pugnando contra las concupiscencias del poder soberano, en la victoria de los instintos perversos sobre los instintos buenos, en el despertar del remordimiento que trae consigo, como fatal cortejo, la desconfianza perpetua, el terror invencible, la alucinacion perenne, la ferocidad incansable, remordimiento que desde el primer ins-

tante su miserable víctima reconoce gigantesco é implacable como castigo del cielo, al exclamar: «Se me ha figurado oír una voz que gritaba: No duermas ya. Macbeth ha muerto el sueño, el inocente sueño, el sueño que desata la embrollada madeja de la inquietud, tumba de cada uno de nuestros días, baño del duro trabajo, bálsamo de las almas heridas, segundo agente de la gran naturaleza, principal alimento del festin de la vida».¹

Quien sabe manifestar con la energía de la realidad esa íntima batalla del alma asciende á las más altas regiones del arte; Villoslada en *Amaya* con varios de sus personajes ha llegado á ellas. El método que sigue para pintarlos es diverso; á veces emplea el procedimiento pacientísimo de Dickens que acumula los detalles y constantemente pone en relieve los rasgos principales del personaje descrito, de tal manera que su recuerdo queda en la memoria del mismo modo que la cera conserva la marca de un sello de hierro: otras veces lanza un foco de luz intenso y deslumbrador que baña con sus claridades ciertos y determinados aspectos del carácter, recordando á Rembrandt en sus pinturas, pero siempre la impresion causada es profunda, como producida por la enérgica imaginacion que he descrito anteriormente.

De los personajes de *Amaya*, unos practican la vida en conformidad á los preceptos de la ley religiosa y moral, triunfando, á fuerza de abnegacion y en dolorosa lucha, de todos los afectos y aspiraciones contrarios al puro ideal que guardan en el alma; otros, conociendo las prescripciones del deber, pero privados de vigor y energía para perseverar en el bien, déjanse vencer por nefandas pasiones que hacen precisa la purificacion por las torturas del remordimiento; otros finalmente, y son los ménos, viven sumidos en las tinieblas del error, practicando la vida únicamente segun los instintos nobles ó malvados de su naturaleza.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)



(1) Shakespeare, Macbeth, acto 2.^o escena 2.^a

AMAYA Ó LOS BASCOS EN EL SIGLO VIII.

(ESTUDIO CRÍTICO)

(CONTINUACION).

El círculo descrito por los personajes de *Amaya* es inmenso; en él se encuentran los más diversos por la raza y la posición social; reyes y labriegos, hombres de Estado y pastores, obispos y guerreros, próceres y siervos, damas y campesinos, judíos, godos y euskaldunas. Pues bien, todas estas variedades se muestran perfectamente definidas; ningún personaje se parece á otro; cada uno de ellos (y ésto lo dice todo), es un verdadero *individuo*, que obra conforme á sus hábitos, educación, instintos, nacionalidad é índole especiales. Contemplemos de cerca á algunos de ellos que bien lo merecen, ya que su excesivo número nos veda parar la atención en todos.

Echeberria es el labrador guerrillero tan común en los anales de nuestros combates. Astuto y atrevido, sabe pegar con fuerza y conservar con maña; le gustan el vino y los buenos bocados y las historias que se cuentan al amor de la lumbre. Tiene la mano callosa, pero el corazón blando; ama la hacienda, delira por la familia y se abnega por Dios y por la Patria. Su positivismo le hace ver las cosas por el lado práctico, pero no le impide realizar las acciones por el lado grande. Es leal y hospitalario, terco y generoso, receloso con los contrarios y cándido con los amigos: corteza tosca, pero meollo fino. Mezclado, á pesar de su insignificancia, a importantes acontecimientos,

sabe hacer en ellos buen papel, y desde el principio al fin de la obra le vemos pensar como un sábio y obrar como un rústico, pronunciando sentencias y dando de comer á los cerdos y gallinas que tiene en el caserío en que habita.

Uno de los personajes capitales de *Amaya* es Petronila, esposa del anterior. De estatura gigantesca, de belleza escultural, de ademanes resueltos y varoniles, con sólo el aspecto físico impone al ánimo respeto. Y jamás espíritu más noble habitó en cuerpo más hermoso. La abnegacion que hace posible las más árduas empresas, la penetracion de espíritu que desentraña los más intrincados problemas, la amistad que resiste todos los contratiempos de la desdicha, la fe religiosa que centuplica las energías individuales, son las facciones salientes de esa fisonomía. Con tan gallardos dones como posee, Petronila es el brazo providencial que arranca la máscara de las faces infames y el sol divino que rasga las pestilentes nieblas de la traicion.

Miguel de Goñi es el patriarca venerable de los valles euskaros. Apenas os lo presenta el autor, no podeis ménos de exclamar «á ese, yo le conozco.» En efecto, Miguel está dibujado *d' après nature*, y todavía se conservan en nuestras montañas tipos á él semejantes. De cuerpo recio, de elevada estatura, ornado el rostro bondadoso con luenga y nevada barba; de no muy grande inteligencia, pero de corazon purísimo que ignora lo que es el mal; hospitalario hasta el punto de que ver ocupados los asientos de la mesa por huéspedes, es el mayor de sus siempre inocentes placeres; capaz de comer, segun el dicho vulgar, como cuatro, y de hacer el bien como nadie, tal es Miguel de Goñi. De los hijos que Dios le concedió, tres murieron en defensa de la tierra bascóica. En el cuarto que le queda y se llama Teodosio, ha reconcentrado el buen anciano todo el cariño de su corazon. «Oh si estuviera aquí Teodosio» es la primera frase que sale de la boca del señor de Goñi, siempre que en su presencia se trata de algun asunto importante, en cuya resolucion no toma parte, por ausencia, el hijo adorado. Y haciendo todo el bien que puede, y escanciando á los forasteros los ricos vinos que guarda en la bien provista bodega, y amando como el primer día de novios, á pesar de los muchos años trascurridos, á Plácida, y pensando perennemente en Teodosio, pasa la vida Miguel, siendo ejemplo y encanto de los pueblos nabarros, hasta el luctuoso día en que una mano parricida le abre las gloriosas puertas del cielo.

Al lado de Miguel de Goñi, tenemos á García, señor de Abárzuza y las Amézcoas; junto al viejo venerable el jóven sublime. Reunido en un solo individuo la caballeridad y el superior instinto político, la abnegacion y el arrojo, la sensibilidad de corazon y la energía, los ardimientos del patriota y la delicadeza sentimental del amante, los arranques varoniles del guerrero basco, nacido en la guerra y para la guerra y los arrobamientos místicos del cristiano, y tendréis á García, héroe que evoca en la mente las sombras de las grandes creaciones poéticas, recordando la bravura de Aquiles, el amor de Romeo y la religiosidad de Poliuto. Tal vez este carácter, dotado de tantas perfecciones, parezca ante los ojos del arte contemporáneo, ocupado en copiar servilmente todas las fealdades físicas y morales de la sociedad, idealizacion del hombre y sueño de la fantasía. A los que tal piensen les dirémos que calumnian á la especie humana, pues esta, aunque miserable y degradada, á veces engendra portentos de perfeccion. En los fondos tenebrosos del pecado, rugen Tropolmann el asesino; en las alturas luminosas de la gracia, redime y consueta Vicente de Paul, el Santo.

Ya hemos dicho que García, además de caudillo valeroso y prudente es galan enamorado. La dama, objeto del amor del mancebo, es la heroina del libro y se llama como éste. Amaya es de estirpe régia, de sangre flavia, dos veces ilustre, nieta de Reyes godos y nieta de Aitor, patriarca de los euskaros: las dos razas, secularmente enemigas, se han unido, produciendo una maravilla de hermosura y de virtud. Las perfecciones del cuerpo, con ser muchas, palidecen, puestas en parangon con las perfecciones del alma, que resplandecen en Amaya como las estrellas del cielo en noche limpida y serena. Amaya es la vírgen cristiana, apta, por la influencia incontrastable de la fe, para el más duro sacrificio; Amaya es la delicadeza y la ternura del corazon, unidas al temple diamantino de la voluntad, incapaz de torcerse con el peso del mal. Y con todo esto, mujer en el sentido más elevado y completo de la palabra; mujer que ama con delirio; mujer que llora las ausencias del doncel que la enamora, que ambiciona para él los más altos puestos de Nabarra, que comete una imprudencia y grave, nada más que por verle un momento; mujer, que cuando ama no retira su cariño nunca, que encierra en el círculo de la pasion la existencia toda, que cuando cree que García ha muerto, renuncia al mundo y acepta en la mente la vida del claustro, Amaya posee todos los

encantos femeninos, pero sublimados por el sentimiento cristiano del deber; en ella la caída es imposible; el mal le es ajeno, por fuerza invencible de instinto superior, por iniciación de la suprema verdad y del sumo bien. Para pecar, si me es permitido usar esta imagen, es preciso bajarse, y hay almas, que por impulso íntimo de su naturaleza se elevan, como la alondra, siempre hacia la luz. Así es que cada vez que en las diversas escenas del libro aparece Amaya, creo ver, fascinado, en la sombra que pinta su cuerpo, la proyección misteriosa de dos alasangélicas.

Amagoya, descendiente también de Aitor, como Amaya, y tía de ésta, es la tradición ciega, hecha mujer. De elevados instintos y de naturaleza buena, se ve condenada a servir la causa de los malos, y a pisar casi, con los errores que comete, los linderos del crimen. Amagoya es la protesta insensata del pasado oponiéndose a los perfeccionamientos del porvenir; es el ciego voluntario, que en odio a la luz, se ha reventado los ojos para no verla; es el estéril fanatismo que niega la bondad y eficacia de todo lo que no cabe en los estrechos límites de los antiguos dogmas. Guardadora fidelísima de las creencias tradicionales, amante tan ardiente como irreflexiva de la Euskal-erría, Amagoya desconoce las nuevas necesidades de sus queridos pueblos, y maldice los adelantos que estos realizan, creyéndolos degeneración, no complemento, de la civilización patriarcal. Defensora constante de la pureza y de la supremacía del nombre basco, ampara los proyectos y secunda los actos de gentes, que ni en las gotas de la sangre, ni en los ideales de la mente, tienen nada de común con los bascongados. Desconoce que aquellas máximas tan puras y sencillas de Aitor, jamás manchadas con ritos idólatras, ni con bárbaras ni livianas ceremonias gentílicas, son una preparación, casi providencial, a más altas doctrinas; y ella que con tan vigilante y maternal solicitud conserva los cimientos del edificio, se opone a que este se complete y suba, hasta tocar con el remate de la cruz, puesto por las nuevas edades, las lejanas nubes. Pero a pesar de tamaños errores, hijos de la obcecación del espíritu, cuánta poesía irradia el carácter de Amagoya, cuán profunda simpatía despierta en los lectores! Y cómo no? Amagoya posee el prestigio de la ancianidad y el de la hermosura, sobreviviendo a las injurias del tiempo, el encanto de las creencias primitivas traídas desde su fuente, por secular y familiar enseñanza, el melancólico reflejo de las ideas muertas, el eco quejumbroso de las ruinas. Amagoya

es lo inmutable; semejante á una roca batida por el mar, esa anciana permanece enhiesta, contemplando cómo se torna todo á su lado: ella misma nos retrata su carácter con las siguientes palabras: «Quiero morir como he nacido; yo no me mudo; yo no me convierto. Cuando yo muera, se irá conmigo todo lo pasado: yo seré el fin.» Y así es la verdad; cuando no queda ya en la tierra bascóica un solo rincon que no haya trocado la fe de Aitor por la fe de Cristo, sube Amagoya á la montaña de los antiguos ritos en noche heladora de plenilunio, y allí cae muerta, herida por el frio, sobre las resonantes cuerdas de la lira consagrada á cantar los himnos y creencias de los remotos siglos.

Codeándose con Amagoya y jugando en su vida importante papel, tenemos á Pacomio, gran rabino de Pamplona y jefe de los astrólogos de España. Así como Amagoya es el tipo de los caracteres falseados por el error del entendimiento, Pacomio es el tipo del carácter infame por perversidad del corazón. En Pacomio nada hay noble; la avaricia le carcome el alma, como asquerosa lepra, que en apoderándose del cuerpo destruye hasta la médula de los huesos. A la avaricia acompañan en Pacomio los demás vicios que forman el obligado cortejo de ese pecado capital, la hipocresía y la crueldad, la cobardía y la doblez. Movido el rabino por las dos ideas principales de conservar su innoble piel y atesorar la mayor cantidad posible de dinero, no hay infamia ni vileza que no cometa por conseguirlas; la traicion y la mentira son la atmósfera en que únicamente puede respirar el alma del repugnante judío. Tan menguado y despreciable aparece, que no hay mano en el mundo, siendo honrada, capaz de abofetearle por temor á indeleble mancha. El tal Pacomio es digno hermano de aquel hebreo, tan magistralmente dibujado por Shakespeare, llamado Sylock, que siendo padre y prestamista avariento, al verse privado de la hija y del dinero, iba alborotando las calles de Venecia, con la frase característica de «¿Dónde está mi dinero, dónde mi Jésica? Señores, devolvedme mis ducados, devolvedme mi hija!»

El judío tiene un hijo. Lúgubre encadenamiento del mal! La avaricia ha procreado el crimen: el hijo de Pacomio es Eudon. Este ha heredado de su padre la vehemencia del desear, el refinamiento del disimulo y la carencia de escrúpulos. Sin embargo, de Pacomio á Eudon hay progreso. Eudon es ambicioso; la avaricia es siempre vil y la ambicion, á veces, es noble: la una degrada, la otra pervierte. Pues bien, la ambicion del hijo de Pacomio es inmensa; desde los primeros

años de la vida comienza á surgir en el alma del jóven Israelita la sed de mando, imprudentemente iniciada, y aún sostenida, por las insensateces de Amagoya. Eudon ama á una mujer, y el padre de ésta con desdeñoso acento, le dice que reclame la mano de la hija, el día que sea duque de los Bascos. Desde entonces Eudon no descansa; á cumplir los desmedidos apetitos de imperio y dominacion le espolean el orgullo herido y los incentivos del amor. Se lanza al mundo, y á fuerza de astucia, constancia, atrevimiento y génio, el hijo de los desdichados proscritos de Jerusalem, se eleva á los primeros puestos de la monarquía goda. Para alcanzar tan encumbrados cargos, y sobre todo, para completar el plan, á costa de tantísimos trabajos colocado á punto de conclusion, Eudon no se para en medios; el éxito es la única norma de su conducta; hace, á su modo, y dentro de las condiciones de la época, lo que ahora llamamos *política realista*. Eudon no es un malvado que ejecuta el mal por el mal; al contrario, echa mano de él en circunstancias supremas. Pero no reconoce obstáculo, ni valla, ni freno: ¡ay del que le corte el paso! ¡ay del que le diga «de aquí no pasarás!» Ese desden de la moral, ese menosprecio de los sentimientos más respetables y Signos de la humanidad, esa indiferencia para escoger el camino más corto entre los posibles, aunque el más directo sea el más infame, nos indican que Eudon es un ambicioso de alto vuelo, Por lo demás tiene algunas buenas cualidades; es generoso, valiente, y constante en sus afecciones. El hábito del gobierno le ha hecho comprender que en la política es preciso contar, no solo con los vicios, sino con las virtudes de la humanidad. Como hombre de Estado aprecia lo que valen la honradez y la buena fe; admira la virtud y la respeta, pero conservándose el derecho de prescindir de ella según le convenga. Comprender la virtud, es dar el primer paso para llegar á amarla y Eudon lo ha dado. Todas sus grandes combinaciones reposan sobre la santidad de un juramento, sobre la pureza de un afecto. Cuando el imperio goda se derrumba, cuando los árabes avanzan haciendo estremecer con el galope de sus caballos la tierra española, cuando todos los antiguos lazos políticos y sociales se rompen, Eudon confía ciegamente en la palabra de una niña, en la perennidad de un dulce y desinteresado sentimiento, y esta confianza de Eudon, es un homenaje inconsciente, por él prestado, á la virtud. Pero los proyectos de tan antiguo fraguados se derrumban en el momento mismo en que parecían tocar ia meta del éxito, y entónces, la fiera que

dentro de cada hombre existe, más ó ménos domada, se despierta en Eudon, rompe las poco seguras cadenas que la amarraban, y babeando y rugiendo se lanza por las sierras euskaras en busca de venganza. Y la logra tan cumplida y terrible, que el grito de horror lanzado á la vista de la catástrofe por los pueblos bascones, aún retumba, despues de once siglos, en nuestras montañas.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)

ENRIKETA-RI.

Edurra bezelako
Arpegi zuriak,
Begi urdiñ urdiñak
Ta urrezko uliak;
Orrelase ziraden
Zeruko aingeruak,
Bere gloriyarako
Egiñak Jainkuak.
Bañan zuritasunez
Jauna asperturik,
Begi urdiñen argia
Epela iritzirik,
Zeruak poztutzeko
Asmau zun ¡aulana!
Aingeru bat sortzea
Pollit baltzerana.
Guztia zan pakea
Zeru zabalean

Aingeru baltzerana
Agertu artean...
Irriz sortu orduko,
Eder, maitagarri,
Santuak zutenean
Aurrean ikusi,
Uluz eta lekaisoz
Bazterrak beterik,
Chaloka bazioten,
Oso zoraturik:
«¡Ause bai da aingerua!
¡Oiek begi argiak!
Begiratuaz ditubez
Alaitzen geuriak,
Au da edertasuna
Sua letz biziya,
Edurra bezin otza
Da aingeru zuriya;

AMAYA Ó LOS BASCOS EN EL SIGLO VIII.

(ESTUDIO CRÍTICO).

(CONTINUACION).

Sobre todos estos personajes que llevo descritos y sobre todos los de la obra se eleva Teodosio de Goñi, inmensa figura trágica que no se puede mirar sin llorar. Teodosio es el hombre primitivo, rudo, de pasiones violentas y brutales, especie de toro-humano que por la más leve cosa se pone furioso y tira de la *ezpata*. Temperamento sanguíneo, máquina grosera nutrida con enormes cantidades de carne y vino, según lo requieren la crudeza del clima y la continua actividad de una vida fatigosa. Teodosio es el hombre de los movimientos impetuosos é irresistibles; un recelo, una contradicción, una injuria le agitan la sangre que se le agolpa á la cabeza y le pone una nube roja delante de los ojos. Entonces ya no ve, ni oye, ni entiende sino lo que le pintan y dicen las visiones que toman cuerpo en su cerebro, en el que si la razon es pequeña, es gigante la imaginacion. Con tales circunstancias de carácter, no es difícil predecir que Teodosio irá muy lejos: la pasion vehemente, la razon escasa y la imaginacion poderosa son elementos capaces de producir efectos excesivos en el bien y en el mal. El aspecto físico del hijo de Goñi, es trasunto de su carácter moral: «es de altivo continente, de talla mediana, robusto, fornido, de facciones duras y vigorosas, de corta barba crespa, castaña, que tira á rubia, pero de enormes bigotes y de mirada audaz y dominan-

te.» Con no ser simpático por el exterior, aun lo es menos Teodosio visto por dentro. Merced á la veneracion que en todo el país inspira la bondad angélica de los señores de Goñi y á la importancia que sus riquezas y poderío les confieren, es opinion de los bascones, que el primer rey de la tierra, cuando llegue el caso, ha deserlo el hijo de Miguel y de Plácida. La idea de la potestad suprema ha penetrado en el espíritu de Teodosio, como una cuña: no hay modo de arrancarla de allí. Pensando siempre en la futura monarquía, no hay paso que deje de dar, ni actitud que no tome Teodosio, por desatentados que sean. Cristiano, va á rendir párias á los paganos de Aitormendi: caballero, intenta despojar del tesoro de Aitor á Amaya, legítima dueña; amigo, desconfía de García, que es el más obstinado y leal de todos sus defensores; hijo, hace llorar á su padre. Pero á pesar de tan enormes defectos, en Teodosio existe un gérmen divino; depositado en los más escondidos repliegues del corazón, destinado más tarde á crecer y desarrollarse, produciendo hermosos frutos de piedad. Teodosio es creyente; en la atmósfera, sublimemente cristiana de la casa paterna, penetran las más profundas raíces de su ser y por ellas sube, aunque lentamente, la redentora sávia. Así es que á menudo siente Teodosio las agudas espinas del remordimiento, en medio de las dementes pasiones que le trastornan. Pero la fogosidad del temperamento, la fuerza morbosa de la ambicion, le dominan por completo y le inutilizan para obrar bien. Tan sólo una horrible sacudida, una conmocion titánica producida por espantoso crimen que le desgarré las entrañas y le hiele la imaginacion, con el frio del estupor, puede salvar á Teodosio. Eudon, viendo malbaratados y destruidos sus planes, sin aspirar á otra cosa que á la venganza, hiere á Teodosio en lo que más puede resentir á un hombre de tan desmedido amor propio, en la honra. Y entonces el caudillo bascon, presa de infernales celos, ébrio de cólera, obcecado por desatentada rabia, lanzandocavernosos gritos, que más que de hombre de fiera parecen, y llevando en el alma más tinieblas y rayos que los que velan y surcan la faz de aquella espantosa noche, penetra en Jaureguia, y allí, creyendo castigar á la esposa adúltera y á su cómplice, hunde la ezpata en la garganta de los ancianos señores de Goñi. Infeliz! Adios los ensueños de dominacion soberana, adios las espléndidas visiones de gloria, las alabanzas de la fama, el amor de los montañeses, la marcial pompa de las batallas, tan amable á los ojos del guerrero, la felicidad delhogar, y sobre todo,

adios la paz del alma. La carrera de Teodosio ha concluido. Destrozado por el remordimiento, atenaceado por el recuerdo del infame crimen, Teodosio va á Pamplona con objeto de ver al santo obispo Marciano, en ocasion en que García y sus compañeros, conquistadores de la ciudad, le aguardaban para proclamarle rey. Y entre las apretadas filas de los partidarios, que al contemplarle le aclaman, siendo sus vítores saetas que le rasgan los oídos y garfios de hierro que le remueven las entrañas, penetra Teodosio en la capital de Basconia, desfigurado por el dolor, tornado viejo en una noche, ensangrentadas las manos, lúgubre espectro lloroso, gritando para acallar el entusiasmo de la muchedumbre. «Yo soy el matador, yo el parricida!» Desde este instante principia la conversion de Teodosio. Cargado de cadenas, llagada la cintura por el rozamiento de los hierros, mal vestido y tosca é insuficientemente alimentado, habitador de ásperas breñas y salvajes soledades, descendido del orgullo é imperiosidad satánicos á la humildad y obediencia cristianas, pasa los años Teodosio, hasta que el hombre nuevo, despojándose de los inveterados vicios y aborrecibles defectos, como de una sórdida vestidura, surge radiantey transfigurado, y pone las plantas desgarradas por los abrojos de la penitencia sobre la cabeza del dragon infernal.

Otros muchos personajes figuran en *Amaya*, dignos de estudio y alabanza, que no podemos detenernos á contemplar. Los ya examinados demuestran que Villoslada es un admirable pintor de caractéres y que reúne á las dotes brillantes del escritor, las profundas del psicólogo.

IV.

La minuciosa observacion de la naturaleza humana engendra uno de los elementos fundamentales constitutivos de toda obra de arte: la *verdad* de los caractéres. Pero esto no basta; es preciso además, disponer una série de acontecimientos y un órden de situaciones capaces de producir el desarrollo completo de las fuerzas, de los instintos, de las pasiones que forman el tejido de esos caractéres presentados por el escritor. De lo contrario el trabajo realizado resulta estéril, y la obra se parece á un inmenso depósito de máquinas admirablemente

construidas, pero condenadas á eterno reposo por falta de un motor. Qué vale, que tal ó cual personaje copie con realidad asombrosa un tipo determinado de la naturaleza, si luego nose le proporciona ocasion de manifestar las energías contenidas en su individualidad, de obrar conformemente á las tendencias de esta, sino se le coloca en medio de sucesos, por los que es vencido ó á los que domina, en ardorosa lucha? Una obra en tales condiciones podrá merecer, acaso, el nombre de *científica*, pero no el de *artística*, porque la obra de arte es verdad y accion, perennidad de tipos y sucesion de acontecimientos, como resultado que es de dos facultades maestras distintas, pero armonizadas por el genio del artista, y que son, la experiencia y la imaginacion.

Los abusos del método experimental psicológico, y aun á veces fisiológico, han producido una literatura de mérito sobresaliente en la observacion de la naturaleza humana, pero á pesar de esto, insípida, incolora, lánguida, impotente para emocionar, enamorada del detalle insignificante, del gesto maniático, incapaz de ver el bosque por mirar demasiado al árbol, como diria Goethe. En cambio los grandes escritores no se entretienen en manifestar los caracteres de sus personajes por medio de interminables descripciones ni detallados análisis, sino que presentan los rasgos fundamentales de aquellos en medio de los episodios de una accion interesante y continúa, haciéndoles obrar siempre de acuerdo con la indole que les es propia, de tal manera que los lectores construyan á *posteriori* la individualidad de los actores del libro, agrupando los datos que arroja la conducta que siguen dentro de las varias situaciones en que el autor los coloca. Procediendo de esta suerte, los personajes dejan de ser retratos para convertirse en seres vivientes cuyas acciones nos impresionan, despertando en nuestro ánimo simpatia ó aborrecimiento, lástima ó indignacion.

ARTURO CÁMPION.

(Se continuará.)



AMAYA Ó LOS BASCOS EN EL SIGLO VIII.

(ESTUDIO CRÍTICO.)

(CONTINUACION).

Villoslada, que es, según hemos visto, un profundo pintor de caracteres, es además un dramático admirable. La observación detenida y constante de la naturaleza humana, jamás le hace descuidar la acción. Así es que los personajes de *Amaya* van marcando su individualidad, á medida que se desarrollan los sucesos del drama. La elección del momento histórico en que tiene lugar la acción del libro que venimos analizando, por sí sola demuestra el genio de Villoslada. Un imperio vacilante; un rey enflaquecido por el placer, rodeado de traidores; una corte corrompida presa de la codicia y la liviandad; el patriotismo agonizante, la fe borrada de los corazones, la religión convertida en una rapsodia de palabras. Al Sur los Arabes acechando el momento oportuno de pasar el Estrecho, y mientras llega la hora, estendidos sobre los rojizos arenales como manada de tigres hambrientos; al Norte los bascos, épicos rebeldes de todas las dominaciones extranjeras, predestinados á romper con sus nervudos brazos las cadenas de la España cristiana; en un repliegue de los Pirineos la religión de los antiguos iberos espirando, y convertida por las violencias del fanatismo en amenaza de funestas divisiones; el Evangelio y el Corán frente á frente; en todos los espíritus la espectación de grandes catástrofes; en todos los ánimos la conmoción de gigantescas pasiones y sentimientos. Cuanto puede hacer pensar y sentir; luchas de religión, luchas de raza, aspiraciones de reformas políticas, hundimiento de imperios, creación de nacionalidades, forman el cuadro de *Amaya*, que aunque bautizado con el nombre más modesto de novela, llega

realmente, por la grandeza de la concepcion, á participar de la naturaleza de la epopeya.

En efecto; en *Amaya* hay más, mucho más, que las peripecias de una accion interesante conducida por personajes históricos ó imaginarios; en *Amaya* hay un cuadro acabado de una época capital de la historia española, un resúmen de dos civilizaciones, una condensacion de las ideas é intereses, de los vicios y de las virtudes, de las creencias y de las preocupaciones de un período que me atrevo á llamar crepuscular, porque la luz que iluminaba el pasado se estingue, y apenas alborea el nuevo día; cuyo período encierra en su seno problemas tan importantes que de su solucion depende la existencia de la civilizacion cristiana en gran parte de Europa. Los amores de García y de Amaya, la vil codicia de Pacomio, los desatentados y ambiciosos desigñios de Teodosio y Eudon, aun con formar la base del libro, están dominados por esa otra lucha trascendental que resumen las palabras de Catolicismo, Paganismo é Islamismo, de Judíos, Godos y Bascos. Cada uno de los personajes capitales de *Amaya*, en mayor ó menor escala, lleva la representacion de esas dos ideas de Religion y Raza que constituyen los factores principales del libro de Villoslada. García, por ejemplo, es un héroe cuyas dotes personales atraen la simpatía del lector, pero es además el basco que comprende y realiza la solidaridad de todos los Católicos de cualquiera nacionalidad que sean, como necesaria para oponerse al triunfo definitivo de los creyentes en Aláh; Amaya es una doncella admirable por sus virtudes, é interesante por las circunstancias que concurren en su nacimiento y vida, pero es además la fusion fisica y moral de dos razas secularmente enemigas; el hijo de Goñi es un ambicioso vulgar, á quien hacen conmovedor, ennobleciéndole, las faltas y delitos que comete, á causa del castigo que por ellos recibe, y la penitencia con que se redime, pero es al mismo tiempo la imágen de la Santidad que inflama el corazon de los combatientes en defensa de la Cruz. Esta tendencia constante de ciertos personajes de *Amaya* á manifestar, mediante su individualidad, una idea general de las más elevadas que pueden guiar á la humanidad, es demostracion evidente de que la obra de Villoslada, participa, segun dijimos, de la naturaleza de la epopeya.

De lo indicado se deduce que la accion desarrollada en *Amaya* es vastisima, y dados los rasgos fundamentales que de ella llevamos señalados, parece inútil añadir que es dramática en el mismo grado que

vasta. El drama se manifiesta bajo dos aspectos distintos; como lucha de ideas de Religiones y Razas diversas, y como luchas de los personajes entre sí, movidos por sus pasiones individuales. Considerémoslos con la debida separacion.

Por un lado tenemos la civilizacion goda, aunque decadente, grande. La civilizacion goda, que llegó á unificar las diversas gentes que vivian en la tierra española, escribiendo el Código más humano y progresivo de la época, y sobre todo, á unificar la fe estirpando el racionalismo de Arrio; que aprovechando los restos de la civilizacion romana se los asimiló hasta el punto de producir un estado social y político superior en muchos conceptos á la cultura clásica, en el que existió aquella gloriosa pléyade de ilustres teólogos y varones virtuosos que fueron sosten de la Iglesia y honra purísima de España, los Ossios de Córdoba, los Martin de Braga, los Leandros é Isidoros de Sevilla, los Ildefonsos, Félix y Julianes de Toledo, además de aquellos monarcas y capitanes egregios, émulos de Tito, de Trajano y de Antonino el Piadoso, más grandes que todos los emperadores paganos porque observaron la ley divina de Cristo, llamados Recaredo, Chindasvinto, Recesvinto y Wamba; civilizacion en la que se descubren la mayor parte de los materiales que más tarde sirvieron para edificar el grandioso edificio de la España de la Reconquista, desde el espíritu religioso, alma y vida de tantas inmortales hazañas, hasta los Concilios Toledanos, gérmen de las Córtes y Juntas generales que hicieron imposible el despotismo monárquico. Y esta civilizacion hispano-goda aparece en las páginas de *Amaya*, no en los días esplendorosos de predominio y apogeo, sino en los momentos supremos en que la corrupcion la descompone y destruye; cuando las facciones políticas enervan las fuerzas viriles de la nacion, cuando el libertinaje no se detiene ni ante el pudor de las vírgenes, ni ante la santidad del matrimonio, cuando la codicia es el móvil de las acciones públicas y privadas, cuando los resentimientos personales velan con sus sangrientos vapores la imagen de la pátria, cuando la torva ambicion y la implacable venganza abren ancha brecha en los muros de defensa para que por ella penetren los enemigos de Dios y de la Nacionalidad Española.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)



AMAYA Ó LOS BASCOS EN EL SIGLO VIII.


(ESTUDIO CRÍTICO).

(CONTINUACION).

La monarquía gótica se hunde en los abismos de la historia tan súbita y completamente que la catástrofe que la aniquila parece azote blandido por la mano omnipotente de Dios. Entónces la civilizacion cristiana se encuentra frente á frente de la civilizacion mahometana, porque los invasores no son, como los godos en otro tiempo, enjambre de bárbaros codiciosos de territorios fértiles y de climas hospitalarios, sino gentes que traen consigo una concepcion completa de la vida religiosa, política, social y artística. Aquí no cabe que los vencedores se apropien, como hicieron los germanos, los elementos de cultura, que poseian los subyugados; entre invasores é invadidos no hay otra relacion posible que la guerra. Los árabes son los discípulos de aquel falso profeta de Dios que rompió la unidad de la Iglesia, mercader, orador, poeta, héroe y legislador á la vez, especie de Lutero de Oriente, llamado Mahoma. Los dogmas más consoladores, los principios de organizacion más fecundos y alcanzados con mayor dificultad, desaparecen con su Reforma; la negacion de la Trinidad y del culto de la Virgen reproducida por la supervivencia de los errores de Arrio y de Nestorio; la destruccion de la gerarquía eclesiástica; la confusion del sacerdocio y el Imperio; la propaganda religiosa convertida en empresa militar; la monogamia borrada de la familia; el libre albedrío sustituido por el fatalismo; el despotismo brutal de uno solo cubierto

con el manto de la Religión; la sensualidad tornada en recompensa de las acciones de la vida y en inspiración del arte; he aquí lo que traen á Europa los tostados guerreros del desierto. La aptitud prodigiosa de esta raza para la guerra, el arte, las ciencias exactas y físico-naturales, pudieron producir un período admirable de cultura, pero la pobreza y sequedad de los dogmas mahometanos, la doctrina de la fatalidad y la concepción monstruosa del despotismo ejercido por un representante directo del Dios Poderoso y Único, fueron gérmenes de muerte depositados desde un principio en las entrañas mismas de aquel maravilloso florecimiento oriental. Pero así como en Amaya vemos á los godos decrepitos y corrompidos, los árabes, por el contrario, aparecen ante nuestros ojos llenos de vigor, henchidos de entusiasmo, caldeada el alma con los ardores del fanatismo religioso. No parecen hombres; el incontrastable avance de sus innumeradas muchedumbres, al curso impetuoso de un ciclón se asemeja; salvan las distancias con la rapidez del huracán, se extienden como un mar despeñado, combaten como leones de la Libia y matan como el rayo desprendido de tormentosa nube. Y de este modo destruyen naciones, esclavizan razas, destronan dinastías, conquistan continentes, y fundan un inmenso imperio entre el Océano Atlántico y las fronteras de la India comprendido, sin más móvil que el triunfo del Corán ni más medios que las cortanres cimitarras.

Confundidos con los godos, y procurando su ruina, encontramos á los judíos; miserable resto de un pueblo elegido, tan digno de lástima por sus desdichas, como execrable por su ingratitude y dureza de corazón. Manchados con la sangre de Cristo, aventados por la barbarie romana á los cuatro puntos cardinales del globo, odiados de los cristianos, tanto por el crimen que en Jerusalem cometieron, como por la codicia, ruindad y doblez de su carácter, los judíos vuelven los ojos á los árabes, semitas como ellos y les ayudan á penetrar en España, sobrexcitados por implacable rencor y decididos á perecer, como Sanson, ahogados entre las ruinas, con tal de aplastar al mismo tiempo á los enemigos de Israel.

Entre los godos corrompidos, los judíos avarientos y pérfidos y los árabes entusiastas y esforzados, España parece destinada á perecer; pero no será así, porque todavía en un rincón de la Península, protegidos por salvajes montañas y enmarañadas selvas viven los bascos, los eternos defensores del suelo nacional, pobres, austeros, incultos, tan

separados de los esplendores, como de los vicios de la civilizacion; sóbrios, ágiles, valientes y religiosos, la independencia es para ellos la primera necesidad y la virtud la principal fuerza. Todavía alientan los quedetuvieron la invasion de los Celtas, los que atravesaron los Alpes con Anibal, los que vencieron en Canas, los que en Farsalia combatieron el naciente cesarismo regando con sangre euskara la tumba de la República, los que humillaron á las legiones de Augusto, los que en el monte Médulo prefirieron la muerte á la servidumbre, los que derrotaron á Eurico, á Childeberto, á Leovigildo, á Recaredo, á Gundemaro, á Sisebuto, á Suintila, á Recesvinto, los que resistieron á Wamba; los destinados por Dios á levantar la santa enseña de la cruz caída á tierra en la luctuosa jornada de Guadalete.

Pues bien; á estas razas tan diversas, á estas aspiraciones tan contrapuestas, á estas civilizaciones tan diferentes, á estos intereses tan encontrados, á estos móviles religiosos, patrióticos y políticos tan poderosos, que no los hay mayores en la vida, los veis chocar, combatir, decaer ó triunfar en *Amaya*. La misteriosa dinámica que preside al desarrollo y decadencia de las grandes agrupaciones humanas, se muestra ante nuestra vista bajo las serenas y luminosas formas del arte. Creéis leer una novela, y buscando solaz, halláislo acompañado, merced á la prodigalidad del génio, de erudicion, filosofía y crítica admirablemente fundidas por el fuego, casi divino, de la inspiracion.

Hasta ahora hemos procurado poner en claro las ideas generales que formanla parte más elevada de la dramática de *Amaya*. Ellas constituyen los grandes resortes de la accion, pero nunca aparecen en el libro bajo la forma en que acabamos de presentarlas; por el contrario, el libro nos las va manifestando mediante los personajes y las peripecias del argumento, histórico y además novelesco. Este está dispuesto artísticamente para despertar en el ánimo un gran interés, siendo de notar que la ley de la gradacion y de la convergencia de los efectos, capital en estética, se observa estrictamente desde el principio hasta el fin de la novela. Los episodios abundantes, y bien relacionados unos con otros, se suceden excitando continuamente sorpresa, admiracion, ternura, entusiasmó y terror. En algunas ocasiones la sonrisa despliega nuestros labios, pero el tono general de la obra es severo, elegíaco unas veces, épico las más. La historia de los amores de Ranimiro con Paula, la inscripcion del brazaletes de Amaya, la incertidumbre acerca de la existencia del Tesoro de Aitor, predisponen

nuestro espíritu á esperar el desarrollo de sucesos extraordinarios; la locura de Petronila, la conducta sospechosa de Pacomio, la mal encubierta ambicion de Teodosio, la terrible reputacion de Amagoia, hábilmente agrupadas al principio del libro despiertan un interés tan vivísimo, que el deseo de llegar á la solucion de los problemas pendientes, no permite saborear, ni los primores del estilo, ni los soberbios rasgos poéticos de la imaginacion del autor. El dramático episodio de las Dos Hermanas abre ya para los lectores de par en par las puertas á la emocion, y esta no les abandona un instante al través de aquellas escenas magistrales, de las que, en la imposibilidad de citarlas todas recuerdo algunas que son: la llegada de Amagoia á Val de Goñi; la partida de García y de Andeca al ejército cristiano en las pos-trimerías de la dominacion goda; la actitud de Amaya y su padre cuando reciben la noticia de la rota de Guadalete; el regreso de García y su encuentro con Amaya en la Catedral iruniense; la dureza de Teodosio con su buen padre; la marcha del hijo de Goñi á Pamplona y el parricidio que comete á impulso de los celos; la *Gau-illa* de Miguel y de Plácida, y finalmente todos los episodios del arrepentimiento de Teodosio, que haciendo rebasar á la emocion sus límites ordinarios, queman los ojos con llanto y llenan el alma de infinita compasion.

El arte supremo es la expresion ideal del dolor humano; ya lo dije al principio de este estudio, el más preciado don del artista, es el *don de las lágrimas*. El entusiasmo, la ternura, el terror parecen las infranqueables cimas á que puede llegar la musa; pero hay otra cumbre todavía más elevada, más solitaria: la piedad. He aquí el sentimiento humano por excelencia: he aquí ese incomprensible sacudimiento que hace subir á los ojos el torrente de las lágrimas elaboradas en las profundidades del ser; he aquí la misteriosa fuerza que rompe los ralla-dares que separan una existencia de otra, entre las que se alza elegoismo, defendido por monstruos, tiranos de nuestra vida. De las desgracias de un hombre que no conocemos, que nos es extraño tal vez por la raza, la nacionalidad y la lengua, que tal vez no ha existida nunca, tomamos toda la amargura y experimentamos la conmocion gigantesca que hizo caer á Dante como un cuerpo muerto al escuchar la lamentable historia que brotó de los balbucientes labios de Francisca. Pues bien; este sentimiento de la piedad es el que se apodera de nosotros al presenciar las desdichas del infeliz Teodosio. El caudillo montañés, del que como de emponzoñada vasija rebosaron la ambicion, la vio-

lencia y la envidia, tan repulsivo en todo el transcurso de la obra, queda convertido, al final de ella, en sombría cariatíde que sostiene la pesadumbre trágica de la desesperacion.

Los dolores más grandes de la vida le torturan; no hay hiel que no beban sus labios, ni injuria que no le azote el rostro, ni rabia que no le muerda el corazon, ni remordimiento que no le rasgue las entrañas. Nuestros ojos atónitos y llorosos contemplan el encarniza: miento formidable de la expiacion atenaceando á un alma culpable hasta arrancar de ella todas las escorias, todas las impurezas que la empañan y afean. Y cuando el movimiento de redencion producido por el dolor se ha enseñoreado del alma de Teodosio; cuando el amor á Dios y la mansedumbre cristiana imperan en aquel corazon donde tan constante dominio ejercieron la concupiscencia del poder soberano y la soberbia satánica; cuando el pensamiento del caudillo basco se fija como en inmovible norte en las perfecciones eternas del sumo bien, del que las cosas óptimas de la tierra son simbolo perecedero y deleznable; cuando la tranquilidad y la calma de la virtud, semejantes al sol soberano que con la sola fuerza de sus rayos hiende y deshace las nubes de la tempestad, renacen para Teodosio, acallando los gritos del remordimiento; cuando la paz inefable de una comunion durante la que la naturaleza prodigó sus galas más hermosas como anuncio de la disposicion sobrenatural de los sucesos posteriores; cuando la primera noticia de la esposa amante y de los acontecimientos del mundo rompen, con la renovacion momentánea de los puros afectos de la vida, la unidad de aquel largo ascetismo, todavía falta para Teodosio la más terrible prueba. Es preciso que ántes de alcanzar la paz inalterable, Eudon venga á caer mal herido entre las breñas de Aralar; es preciso que Teodosio le recoja y ampare, que le suba desde el fondo de un barranco á la meseta de la sierra, realizando un prodigio de la voluntad que domina la flaqueza y decaimiento de las fuerzas corporales; es preciso que le salve de los bascos que le persiguen y quieren matarle; que Eudon, habiendo reconocido á Teodosio y tocado por la contemplacion de tanta santidad, quiera recibir el agua del bautismo; que oiga de labios del moribundo el nombre que lleva y la declaracion del cruelísimo daño, que, por venganza, hizo á Teodosio, poniéndole en camino de cometer el parricidio; es preciso que en aquel momento supremo pasen envueltas en rojiza nube por el cerebro de Teodosio, la imágen de sus padres asesinados y de Constanza

solitaria, el recuerdo de sus ambiciones frustradas, de su dicha perdida, de su existencia sacrificada, de las amarguras y dolores sufridos, de aquel infierno en cuyas llamas retorcióse su alma; es preciso que vea al destructor de toda su ventura tendido á sus plantas y suplicante; que el furor y la cólera, como otras tantas fieras del averno libertadas, le sacudan el corazon con sus rabiosos saltos, incitándole á tomar venganza eterna; es preciso que por un instante, y en el primer movimiento, saboree la satisfaccion más completa del rencor, y que venciendo á si mismo, se decida por la misericordia, en una palabra, que en su alma reproduzcan el bien y el mal la titánica batalla que ya en la aurora de los tiempos libraron, para que Teodosio afirme su santificacion de una manera irrevocable, derramando el agua del bautismo sobre la frente de su mortal enemigo, á quien en recompensa de inauditos dolores experimentados concede la eterna salvacion.

Una inspiracion verdaderamente esquiliana palpita en esta patética escena, admirable remate de tantos conmovedores episodios, foco luminoso y potente en donde convergen todas las grandiosas facultades de nuestro poeta. Al concluir de leer esta escena la piedad reina por completo en nuestra alma, la emocion más profunda y elevada que puede producir el arte se manifiesta en nuestro ser, vencido, subyugado por la magnanimidad de Teodosio, y del enternecido y admirado corazon suben las lágrimas, homenaje el más desinteresado, espontáneo y sincero que la humanidad puede ofrecer al génio.

ARTURO CAMPION.

(Se concluirá).



AMAYA Ó LOS BASCOS EN EL SIGLO VIII.

(ESTUDIO CRÍTICO.)

(CONCLUSION).

V.

No es *Amaya*, según lo hemos visto ya varias veces en el curso de este estudio, libro que deba la existencia á la imaginación pura. Al contrario, la leyenda y la historia son sus fuentes principales: una y otra han proporcionado los elementos primordiales que después sirvieron al autor para levantar el gallardo edificio que actualmente emblesa nuestros ojos. La erudición y la fantasía marchan juntas en la obra, venciendo la primera la torpeza natural de su paso, gracias á las brillantes alas que la segunda le presta. De esta manera, cuando acabamos de leer la obra, en nuestra memoria quedan, hábilmente grabados por el estilo magistral del autor, los rasgos fundamentales de dos pueblos totalmente diversos.

En *Amaya* tenemos, pues, en primer lugar, una pintura de la sociedad gótica, hecha escrupulosamente en vista de cuantas publicaciones de la ciencia histórica contemporánea pueden ilustrar el asunto. Armas, trajes, viviendas, moviliario, iglesias, fortificaciones, organización militar y política, usos, costumbres y preocupaciones, es decir, lo que caracteriza al hombre moral y físico, figura en las páginas de *Amaya*, sin pedantería, sin digresiones molestas, sin tono docente

que delate la presencia de la ciencia, de una manera natural, adecuada á las situaciones, intimamente ligadas á ellas, con carácter perpétuo de accesorio, reemplazando y sustituyendo las descripciones vagas y meramente imaginativas de otras obras del mismo género. Todo lo relativo á la decalvacion de Ranimiro puede servir de muestra, en esta parte, de la *manera* del autor, quien sin separarse del relato pendiente nos da á conocer una porcion de detalles interesantísimos, relativos á una ceremonia completamente ajena á nuestras costumbres modernas, importante por los efectos políticos que producía, importante por la intensidad del sentimiento religioso que revelaba, de la que hasta el nombre se ha perdido entre nosotros, y cuya existencia sólo puede ser conocida por corto número de personas aficionadas á la historia.

En la pintura de la sociedad gótica predomina, como es natural, el elemento histórico; en cambio, en la pintura de la sociedad euskara y á causa de la penuria de documentos, el elemento legendario. Los mitos y las consejas, las tradiciones y los cantos, los recuerdos y las supersticiones que de aquellos oscuros tiempos y pueblo, poco ménos que ignorado hasta nuestros días, se conservan, más ó ménos confusos y alterados, están reunidos en *Amaya* por Villoslada, con la solitud del anticuario, y la piedad filial de un buen hijo. Las bellas y sencillas flores nacidas á la sombra inalterable de las montañas bascas, cuyos ecos, nó torpes canciones y si himnos de Religion y Pátria resonaron durante luengos siglos, ostentan hoy tan preciadas galas en artístico y riquísimo búcaro recogidas; saturando con aromoso perfume la corrompida atmósfera que se respira en España.

Y de tanto y variado elemento, descriptivo, dramático, legendario, histórico y filosófico como llevamos señalados en *Amaya*, ¿no resulta alguna concepcion profunda que á la vida práctica ataña y comprenda? Sí ciertamente, y no sería Villoslada el autor de génio que hemos calificado, si en su obra no se encontrase más que emocion artística, porque es propio de todo gran escritor manifestar ideas trascendentales mediante las concepciones del arte.

No son pocas las ideas de este género que quedan indicadas, pero dominándolas á todas ellas y constituyendo la concepcion profunda á que acabamos de hacer referencia, encontramos la fórmula sintética de la Nacionalidad Española. Los godos y los bascos representan dos elementos esenciales de dicha nacionalidad; los unos representan el ele-

mento español que podemos llamar territorial, y los otros el elemento español étnico. Los godos son los descendientes de los conquistadores, de los extranjeros, convertidos en españoles por la mera posesion del suelo durante el transcurso del tiempo; los bascos son los descendientes de los primitivos pobladores de la tierra hispana, los restos varoniles del gran pueblo ibero, destruido, ó al ménos, radicalmente transformado en el resto de España, por la inacabable série de las invasiones celta, griega, fenicia, cartaginesa, romana é hiperbórea. De esta situacion respectiva de ambos pueblos nace un antagonismo irremediable que se traduce en lucha perpétua y sangrienta, pugnando los godos por completar su nueva nacionalidad, y empeñados los bascos en conservar la suya. A unos y á otros les separa la contraposicion de intereses, los usos, las costumbres, la lengua, la civilizacion, factores importantes, pero los une el territorio y la religion, factores importantísimos, sobre toda ponderacion el segundo, y que por lo mismo son las únicas bases posibles de una union necesaria en muchas ocasiones.

Estos dos últimos factores obran, aunque con diversa intensidad, en el mismo sentido. Es indudable, que bajo el punto de vista euskaro absoluto, los godos son unos extranjeros; pero tambien es indudable que á causa de la larga posesion del suelo, los godos son, de todos los extranjeros, los que poseen en menor grado el carácter de extranjería respecto á los bascos. Al fin y al cabo los dos pueblos habitan el mismo territorio, y la posicion geográfica va produciendo sus habituales consecuencias, implantando paulatinamente la idea de nacionalidad, armónica de pueblos y razas diferentes. Esta sola ciscunstancia de la coexistencia en un mismo territorio, debia forzosamente inclinar á los bascos á formar alianza con los godos, como ya habia sucedido en tiempo de los romanos, si unaraza extraña á las que habitaban la Península queria conquistar nuevamente el suelo español. Pero la tal alianza ó union, por motivo de las tenaces y constantes luchas, hubiera presentado quizá dificultades más grandes con los godos que con los romanos, si no hubiese existido identidad de religion entre germanos y euskaros, á cuyas creencias compartidas amenazaba igualmente la irrupcion agarena.

Y aquí nos encontramos de lleno con la idea profunda de Villoslada, que informa el sentido político y social de *Amaya*. Los bascos, apartados hasta entónces, entran en el concierto de la nacionalidad

española amenazada de muerte, movidos por el sentimiento de la fe. «Desde hoy se levanta en España una nueva raza que se llama la Cristiandad», exclaman García Jimenez, caudillo de los nabarros, y Andeca, señor de Bizcaya, cuando deciden acudir á la defensa del imperio godo; de esta manera los bascos penetran en España por las puertas de la Iglesia Católica, y el movimiento sublime de la Reconquista comienza con la efusion fervorosa del sentimiento cristiano. Los godos, á su vez, comprenden las necesidades de los nuevos tiempos, y renunciando para siempre á sus designios de conquista posterior del territorio bascónico, ordenan á sus compatriotas que ocupaban las tierras bajas de este país, que ayuden á García Jimenez á fundar la monarquía nabarra contra los musulmanes, enemigos de Cristo. Este es el testamento político de los godos, que en aquellos luctuosos instantes vislumbran el porvenir de España. «Idos vosotros, dice Teodomiro á Pelayo y á García Jimenez en el momento de fundar el reino de Aurariola, idos vosotros á vencer; yo me quedo aquí en medio de los sarracenos á ser derrotado una vez y otra vez, hasta asentar mi reino ó morir peleando. Pero, amigos míos, el imperio toledano ha concluido para siempre, y de sus ruinas han de salir tantos otros, cuantos caudillos haya que levanten la cruz. Vos, Pelayo, seréis en vuestras montañas rey de Astúrias, vosotros los bascos, más afortunados que los demás, teneis en vuestra inmemorial independencia un reino ya formado. Pero todo será nuevo, todo distinto, todo separado y libre, unido sólo por el pensamiento capital de la reconquista, por Jesucristo y para Jesucristo. Yo, desde Aurariola, vosotros, desde el Norte y Occidente, quien ménos se piense, desde Levante, seguiremos ensanchando nuestros dominios hasta que se toquen las fronteras, y en un haz se junten nuestras cruces, y de cien reinos distintos, pero cristianos, torne á formarse la monarquía católica española.»

No nos importa distinguir y separar la parte de ficcion que encierra todo esto, porque precisamente buscamos el pensamiento íntimo del autor, y aquí lo encontramos íntegro. Para Villoslada la pátria no es, y con razon, una atadura violenta de elementos materiales, sino una comunión de elementos espirituales. La pátria se funda en la libre voluntad del alma, y en esta reina como soberana la Religión. Unidos los pueblos por este inquebrantable laso, la constitucion nacional admite diversidad de leyes y costumbres, de la misma manera que la iglesia Católica comprende dentro de su seno, monarquías y

repúblicas, y hombres de todas las razas y climas del mundo. Es decir, que la autoridad más fuerte respeta la libertad más amplia, y el problema de los problemas se resuelve fácilmente, sin que la odiosa tiranía desate sus azotes sobre los míseros pueblos esclavizados. Provechosa enseñanza que no debieran olvidar los políticos, que dominados actualmente por teorías materialistas, quieren fundar la nacionalidad en la imposición de ciertos caracteres meramente físicos y externos, como la unidad de legislación, de lengua, de tributación y otros análogos, sin reparar que las raíces de la patria penetran en la conciencia del hombre, y se nutren únicamente de sentimientos morales, entre los que la Religión ocupa el primer puesto.

En *Amaya* contemplamos la formación de la nacionalidad española, no deformada con ninguna hegemonía irritante é injusta, sino respetuosa y guardadora de todos los derechos, tal como ha existido y tal como podía existir siempre, sin perjuicio de los altos intereses nacionales. En esta parte, el ilustre escritor navarro ha reasumido admirablemente la política tradicional de nuestra tierra, encerrada en el culto de la ley divina primero, y después en la práctica de las leyes humanas libremente establecidas y aceptadas por el país, porque las sagradas palabras de «Dios y Fueros» serán perpétuamente, mientras exista nuestro pueblo euskaro «el eco de los montes de Navarra.»

ARTURO CAMPION.

